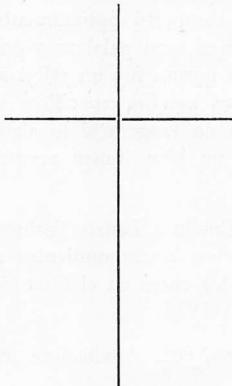


*Colegio San Francisco de Sales  
Sarría - Caracas*



Queridos hermanos:

El día 23 de abril próximo pasado, a las 9,45 a.m., en la Clínica San José de Tarbes de esta ciudad, regresaba serenamente a Dios el alma privilegiada de nuestro hermano:

*Sac. Esilarato Atzori*

a 74 años de edad y 53 de profesión.

El P. Atzori había nacido el 19 de diciembre de 1893 en Mandas, provincia de Cágliari (Cerdeña). Sus padres, Filiberto Atzori y Paulina Furcas, conscientes de su responsabilidad, lo presentaron al sacerdote para bautizarlo el último día del mismo año, y lo vieron convertido en soldado de Cristo por la confirmación cuatro años más tarde.

En su juventud fue empleado municipal; pero los azares del trabajo de cada día no hicieron sino despertar en él los deseos de una superación humana: en 1910 ingresó en el Colegio Salesiano de Valsalice (Turín) y allí cursó los estudios de la educación media, para luego comenzar el noviciado en Ivrea durante el mes de agosto de 1913.

Después de la segunda profesión religiosa (Valsalice 1918), permaneció allí para concluir los estudios medios y pasó luego a Chieri donde obtuvo la licencia de secundaria.

Mientras tanto estalló la guerra y el joven Atzori, desde 1915 hasta 1919 prestó servicio militar como sargento de artillería en el 13º y 2º Regimiento de Fortaleza. Quien fue su capellán escribía: "El sargento clérigo Esilarato Atzori, en el período de treinta meses que pasó entre nosotros, se comportó óptimamente, tanto en lo eclesiástico como en lo militar. Demostró siempre, con palabras y con hechos, grande y sincero afecto a su congregación, y por lo mismo fue un religioso consciente del estado de vida abrazado y profesado. No es preciso especificar su piedad y su devoción eucarística: eran evidentes. Por ello no exagero si lo alabo con mis conceptos, convencido como estoy de que hará un bien inmenso entre las almas con su ejemplo y apostolado".

Dejado con honor el uniforme de soldado, fue destinado a Lanzo Torinese como tirocinante (1919-1921): allí mismo hizo los estudios correspondientes al primer año de teología; el resto de sus estudios teológicos los cursó en el Oratorio de Valdocco como asistente de los artesanos hasta el año 1924.

Recibió la ordenación sacerdotal en la Basílica de María Auxiliadora, en Turín, el 20 de julio de 1924.

La obediencia lo destinó a Valsalice (1924-25) y después a Lanzo Torinese (1925-27) como consejero. Pero, advertidas por los superiores sus magníficas cualidades y en particular su sólida virtud, fue nombrado consejero del Estudiantado Teológico de La Crocetta (Turín): allí se destacó como profesor de Teología Dogmática y, en 1932 obtuvo el doctorado.

Fue nombrado director del Colegio del Martinetto y, más tarde, de Benevagienna.

En 1939 viajó a Derna, en Libia, como colaborador de Mons. Lucato, vicario apostólico. Allí ejerció las funciones de pro-vicario delegado del Rector Mayor, con facultades inspectoriales. Pasados ocho años de incansable trabajo como párroco, capellán del hospital y profesor de religión, regresó a Italia en 1947 y fue enviado nuevamente a La Crocetta como prefecto del Ateneo y rector de la capilla externa.

En 1951 la obediencia le exigió una dolorosa separación de su patria, la última, y el P. Atzori se dirigió a Venezuela, que fue testigo de su sacrificio y de su muerte, acaecida en Caracas, el 23 de abril de 1968.

Considero que el mejor homenaje póstumo a su persona, es serle parco en elogios: sencillo y escondido, emanaba la santidad, pero huía de toda alabanza y demostraciones de aprecio.

El P. Atzori fue por sobre todo sacerdote, y sacerdote en el sentido más íntegro y profundo. Su carácter sacerdotal relucía en todo lugar, en todo momento y en toda actividad. Durante varios años desempeñó, aquí en Caracas, el cargo

de **Económico Inspectorial**: los pesados libros de la contabilidad, escrupulosamente tenidos al día, descasaban bajo el peso religiosamente significativo del Breviario. De este santo libro fluían inspiraciones oportunas para sazonar sus conversaciones, estrictamente religiosas y culturales, para aconsejar a los que en él buscaban luces de dirección espiritual y para alimentar a los penitentes numerosísimos que acudían a su confesionario.

El P. Atzori vivió heroicamente su sacerdocio. Su robusta fibra cedió solamente ante el exceso de la actividad apostólica que desenvolvía a pesar de la avanzada edad. Hasta su último año, acostumbraba levantarse a las 3 y media de la madrugada. Bajaba al santuario de María Auxiliadora, rezaba parte del breviario, hacía su meditación, abría las puertas de la iglesia y, sin más, acudía al Centro Médico de San Bernardino, del que fue capellán durante muchos años. Confesaba a los enfermos, celebraba la santa misa, distribuía la sagrada Eucaristía y, caminando regresaba al templo de María Auxiliadora para atender a la clientela numerosa de sus asiduos penitentes: abogados y médicos, sacerdotes y religiosos, industriales y comerciantes, maestros y alumnos, pobres mujeres del pueblo y trabajadores humildes. Después de cuatro horas de actividad sacerdotal se permitía un frugal desayuno y luego se retiraba a su pieza para seguir el rezo del breviario. Allí esperaba que lo solicitaran, a hora y deshora, para salir a administrar los sacramentos del bautismo, la unción de enfermos, la confesión y la comunión a diferentes centros asistenciales, como la Cruz Roja, el Hospital de Niños, clínicas, colegios, casas religiosas, parroquias. Era rara la noche en que el P. Atzori no debía interrumpir las regulares cinco horas de sueño para acudir al lecho de algún enfermo grave.

Nadie puede olvidar la bondad, la dulzura, el desprendimiento y la dedicación al apostolado del P. Atzori. Esas cualidades llegaban a su refinamiento en el ministerio de la penitencia. En la confesión era pedagógicamente positivo: Dios es amor: si lo amamos de verdad, no lo volvemos a ofender... El P. Atzori ha dejado con su muerte un rebaño inmenso de penitentes, pero a la vez una multitud de personas que esperan que desde el cielo los siga favoreciendo con sus bondades ahora divinizadas por la luz de la gloria.

El P. Atzori no descansaba. Desconocía las vacaciones. No asistía a los ordinarios espectáculos cinematográficos: le parecía incongruente tener que pasar de un salón de diversión al cuarto de un moribundo para entregar el visado de la eternidad. Nunca se alejaba de su casa religiosa, a no ser para el retiro anual de los ejercicios espirituales. A pesar de guardar visible afección por su tierra natal, dió muestras decididas de no querer volver a ella por amor a las almas que dependían de sus cuidados espirituales.

En la navidad de 1966 recibió el primer aviso del Señor en la iglesia de María Auxiliadora, después de una larga y enervante estadía en el confesionario que abarcó la nochebuena y el día 25. Se repuso de la primera caída y volvió a emprender el ritmo de actividades de antes. A pesar de la excelente salud que siempre lo había acompañado, comenzaba a acusar mareos de índole cerebral. La caída fatal se registró en su cuarto en fecha de 3 de febrero de este año. Con la cabeza

ensangrentada por la contusión, estaba dispuesto a acudir al Centro Médico donde celebraría como siempre su misa. Recuperado, tuvo que ser luego internado en una clínica por una recaída más grave. En estado de inconsciencia permaneció hospitalizado hasta el día del desenlace ya previsto por todos.

Sus funerales fueron lo que se esperaba: una manifestación de gente sencilla preferentemente, que veía desaparecer en la persona del querido padre, un santo sacerdote, pero que al mismo tiempo había hallado un seguro protector desde el cielo.

La Santa Misa, celebrada por el Rvdmo. P. Inspector, P. José Vicente Henríquez fue el último acto de toda la familia salesiana: superiores, alumnos, cooperadores y fieles devotos. El Elogio fúnebre, en la homilía de la celebración, tejió del P. Atzori este elogio sencillo y significativo: fue sacerdote ante todo, y de su persona emanaba la santidad, aunque en todo momento deseaba vivir escondido, silencioso; hablaba poco con los hombres, pero dialogaba continuamente con Dios.

Seguro, queridos hermanos, de que vuestras oraciones serán abundantes por este virtuosísimo sacerdote, os invito a imitarle en su consagración total y continua al Señor: sólo así nuestro apostolado, aun el más humilde y silencioso, será fecundo.

Os agradezco igualmente una oración por esta casa y por quien se profesa  
Afmo. hermano en Don Bosco.

Pbro. GERMAN IGNACIO DELGADO  
Director

CASA GENERALIZIA

VACDOCCO

**Datos para el Necrologio:**

Sac. Esilarato Atzori: nació en Mandas (Cerdeña - Italia) el 19 - XII - 1893; murió en Caracas, el 23 - IV - 1968 a 74 años de edad y 53 de profesión.